

Academia de Buenas  Letras de Granada

DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL

ILMO. SR. DON FRANCISCO JAVIER DÍEZ DE REVENGA

EN SU RECEPCIÓN PÚBLICA
COMO ACADÉMICO CORRESPONDIENTE

Y

CONTESTACIÓN

DEL

EXCMO. SR. DON ANTONIO SÁNCHEZ TRIGUEROS

ACTO CELEBRADO EN EL PARANINFO
DE LA UNIVERSIDAD DE GRANADA
EL DÍA 7 DE NOVIEMBRE DE 2016

GRANADA
MMXVI

Esta publicación ha contado con una subvención de la
Consejería de Economía y Conocimiento
de la Junta de Andalucía.



Edita: © Academia de Buenas Letras de Granada
Apartado de Correos 1013
18080 GRANADA
<http://www.academiadebuenasletrasdegranada.org>
Imprime: Taller de Diseño Gráfico y Publicaciones, S. L., Granada
Depósito Legal: Gr-1287-2016

DISCURSO

DEL

ILMO. SR. DON FRANCISCO JAVIER DíEZ DE REVENGA

Del Cervantes de Luis Rosales
al de Francisco Ayala

Excmo. Sr. Presidente,
Excmos. e Ilmos. Sras. y Sres. Académicas y Académicos,
Señoras y Señores:

Son mis primeras palabras para expresar la inmensa gratitud que siento al ser acogido en esta Academia de Buenas Letras de Granada como Académico Correspondiente por Murcia, que quiero personalizar en la figura de su presidente, el Excmo. Sr. Don Antonio Chicharro Chamorro, y en todos y cada uno de los Académicos que tomaron la decisión de llamarme para formar parte de tan ilustre corporación.

Granada y la literatura española han mantenido a lo largo de los siglos una relación tan intensa como fructífera, que se ha incrementado de manera monumental y excepcional a lo largo del siglo XX y del XXI, ya que son muchos los escritores granadinos que han dado esplendor a la Literatura Española con el ejemplo de su obra inmortal. Ha sido difícil para mí, al elegir el motivo de este discurso, centrarme en alguno de estos escritores de Granada y finalmente me he decidido por volver a la vocación cervantina de dos excelsos escritores de esta ciudad: Luis Rosales y Francisco Ayala, a cuya pasión por Cervantes ya dediqué algún trabajo anterior, desde que en 1985, en mi ensayo «Del entusiasmo al desengaño: en torno a la aventura poético-heroica de Cervantes» recordase, como autoridad, las sabias observaciones de Francisco Ayala sobre el soneto «Al túmulo del rey Felipe II en Sevilla», que Cervantes tenía «por honra principal de sus escritos». Francisco Ayala, en la mejor interpretación que conocemos del soneto, ve con acierto el sarcasmo que encierra

presentarnos a los dos personajes empedernecidos ante la «grandeza del monumento, cada uno diciendo sus bravatas, para las que el lenguaje hiperbólico resulta sumamente expresivo: los juramentos, la alusión en tono de apuesta al dinero, la valoración del monumento, el elogio triunfalista de Sevilla, ritos todos que se ven secundados por las no menos altisonantes, vacías y preñadas de retórica palabras del fanfarrón, para que «sintamos la futilidad del grandioso monumento, y el corazón se nos apriete al sentirla».

Que Francisco Ayala es un escritor de estirpe cervantina es algo que se ha venido señalando desde hace muchos años, desde que Baquero Goyanes advirtiera que, como novelista, es uno de los discípulos más fieles del Cervantes creador de la novela moderna. El mismo Ayala señaló que «cuantos después de él, hemos intentado novelar a lo largo de cuatro siglos y medio, hemos estado reescribiendo el *Quijote*, con mayor o menor fortuna». Francisco Ayala ha ido incrementando esta devoción o dedicación con el tiempo al ir acumulando visiones y revisiones de las obras de Cervantes y fundamentalmente del *Quijote*. La recopilación de textos cervantinos llevada a cabo, en el año del centenario del primer *Quijote*, 2005, con prólogo de Víctor García de la Concha y con el expresivo título de *La invención del Quijote*, puso de manifiesto, al recoger en un solo libro algunos de sus trabajos cervantinos, la fidelidad de Ayala a Cervantes, porque en él se reúnen lo que el escritor denomina «indagaciones» («Un destino y un héroe», de 1940, «La invención del *Quijote*», de 1947, o «Cervantes, abyecto y ejemplar», de 1948, por sólo citar los tres primeros de hasta un total de 15 pequeñas monografías, escritas entre 1940 y 1995, aparecidas en periódicos

(*La Nación*, de Buenos Aires), revistas (*Revista Hispánica Moderna*, de la Universidad de Columbia, en Nueva York; *La Torre*, de la Universidad de Puerto Rico, en San Juan; *Cuadernos Americanos*, de México, o *Revista de Occidente*, en la que aparece, en 1965, «Los dos amigos», sobre un celebrado episodio del *Quijote*).

Sino que, además, el volumen cuenta con una segunda parte, dedicada a las «invenciones» («El rapto», de 1965, recreación, como es sabido, de lo relatado por el Cabrero en el capítulo LI de la primera parte del *Quijote*, y «Un caballero granadino», imaginativo relato en el que se pregunta por el destino de Don Álvaro Tarfe, personaje del *Quijote* de Avellaneda, que Cervantes hace comparecer brevemente, y sin dar muchas explicaciones sobre él, en el capítulo LXXII de la segunda parte.

Otros documentos cervantinos, como una entrevista con Víctor García de la Concha, o un texto para una edición del *Quijote*, ambos de 1991, completan el volumen, que va precedido de un prólogo, «Cervantes y yo», de 1994, y un epílogo, con dos discursos, el del Premio Cervantes, de 1992, al que me voy a referir detalladamente al final de esta intervención, y el del congreso de la Lengua española de 2004. Hace ya algunos años, en 1974, había reunido Ayala en otro volumen algunos de sus trabajos áureos, con el título de *Cervantes y Quevedo*, en el que recopilaba diez de los quince trabajos incluidos en el libro de 2005.

En el caso de Luis Rosales, como es sabido, su aproximación más conocida es su espléndido estudio sobre *Cervantes y la libertad*, pero la libertad, en este caso, entendida como sentido de vida, como forma de vivir esa vida, más que como exposición de un pensamiento, de una ideología

o de una filosofía. Lo cierto es que en Cervantes no hay muchas reflexiones directas sobre la libertad, y las frases en las que podemos hallar pensamientos en torno a la libertad son escasas, aunque algunas han hecho particular fortuna en los años de las conmemoraciones cervantinas, 2005, 2015 y 2016, y han sido muchas veces citadas para demostrar que la libertad es uno de los anhelos máximos de Cervantes: «Del campo son y han sido mis amores, / rosas son y jazmines mis cadenas, / libre nací, y en libertad me fundo», escribe Cervantes en los últimos versos del soneto de Gelasia en *La Galatea*. «Yo nací libre y, para poder vivir libre, escogí la soledad de los campos», clama la pastora Marcela en el *Quijote* I, XIV, y «la libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre; por la libertad así como por la honra se puede y debe aventurar la vida, y, por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir a los hombres», expresa el propio hidalgo en *Quijote*, II, LVIII.

Más le interesa a Rosales la forma de vivir esa libertad de los personajes cervantinos, de los personajes principales y de los que, siendo secundarios, son tan importantes como los otros, ya que todos ellos representan el pensamiento de Cervantes: «Para mí es indudable —escribe Luis Rosales— que la calidad, la desenvoltura, la dignidad, la originalidad y el dinamismo interior del mundo cervantino, sólo se pueden comprender partiendo desde el radicalísimo sentido de la libertad que tiene nuestro autor».

Y es que es muy cierto que, para Rosales, todos los personajes cervantinos son «seres vivientes, libres y afor-

tunados que no viven como pueden, sino como quieren», y para entender la actitud de estos personajes es imprescindible preguntarse «en qué consiste la libertad y cuál es su función en la obra cervantina». Asunto, por cierto, escasamente tratado por los cervantistas, como registra detalladamente nuestro autor. Y esa es la razón por la cual para él se convierte en proyecto ineludible «“sorprender” la expresión espontánea, irrenunciable, irreflexiva e inmediata de Cervantes sobre la libertad».

Efectivamente, no es menos importante la dedicación cervantina de Luis Rosales, culminada en su magna obra, publicada en edición definitiva en 1985, en dos voluminosos tomos de más de quinientas páginas cada uno, *Cervantes y la libertad*. La publicación de esta edición definitiva la incluyó el Instituto de Cooperación Iberoamericana en sus Ediciones de Cultura Hispánica, y se anunciaba como segunda edición corregida, ya que la primera edición de este importante estudio vio la luz unos años antes: con el título de *Cervantes y la libertad. La libertad soñada* se publica por primera vez en 1959-1960. Era entonces una edición de la Sociedad de Estudios y Publicaciones, también en dos volúmenes, de 387 y 618 páginas, que aparecen en Madrid y que ya contaban con un prólogo de Ramón Menéndez Pidal, en forma de carta, que se reproduce íntegra en la edición de 1985. La edición de *Cervantes y la libertad*, de 1959-1960, indica en el colofón que se terminó de imprimir el 8 de diciembre de 1959, y su depósito legal es de Madrid, de 1960. Cuenta con las dos introducciones que reproducirá en la edición de 1985, la denominada «Introducción» y la que habrá de llamar «Primer encuentro con el tema». *Cervantes y la libertad* sería incluido en 1996 en

el primer volumen de las *Obras completas* de Luis Rosales, que publica Trotta entre 1996 y 1998.

Sus *Estudios sobre el barroco*, que forman parte del volumen III de *Obras completas*, de 1997, recogen también otros textos cervantinos de Rosales, muy interesantes por cierto, bajo el epígrafe «Cervantes: cinco ensayos y un discurso». Son «La originalidad de la segunda parte del *Quijote*», «El cambio de carácter de Don Quijote», «Pequeña historia de un mito», «Madariaga y el *Quijote*», «El lector tiene la palabra» y «Pongo en sus manos lo que es suyo», éste último el discurso de recepción del Premio Cervantes de manos de S. M. el Rey, al que nos referiremos a continuación. Todos ellos fueron publicados en *ABC*, en 1987 y 1988, e incluidos en *El desnudo en el arte y otros ensayos*, de 1987. El tercero fue el prólogo a una edición del *Quijote* (Barcelona, Credsa, 1970), y también fue incluido en el mismo libro, mientras que el quinto, no incluido en tal libro, fue el prólogo a la popular edición de Salvat, Biblioteca Básica, de 1969 de *El Licenciado Vidriera y otras novelas ejemplares*. El discurso del Cervantes fue publicado en *ABC*, en 1983, y en *Cuadernos Hispanoamericanos*, en 1985.

De todos estos trabajos cervantinos de Francisco Ayala y Luis Rosales me voy a referir con detenimiento en esta ocasión a dos momentos muy emotivos para nuestros dos escritores, con el fin de ofrecer también un homenaje personal al género literario *discurso*, que en este momento me corresponde pronunciar. Porque ahora voy a evocar justamente dos discursos suyos, en el momento de recibir ambos, cada uno el suyo, el Premio Cervantes.

Es fácil recuperar el ambiente y la solemnidad con que tuvieron lugar los dos actos de entrega porque Tele-

visión Española los ofrece en su espacio “Televisión a la carta”. Nueve años separan un discurso del otro. Ambos se pronunciaron un 23 de abril, aniversario de Cervantes. Luis Rosales, nacido en Granada el 31 de mayo de 1910, lo lee en la fecha indicada del año 1983. Rosales tiene en ese momento setenta y dos años. Ayala, nacido en Granada el 16 de marzo de 1906, pronuncia el suyo en la fecha cervantina antes anotada, de 1992. Ayala tiene en ese momento ochenta y seis años. Ese mismo 1992 moría en Madrid, Luis Rosales, el 24 de octubre. Ayala todavía viviría muchos años, hasta el 3 de noviembre de 2009. El azar de las edades hace que las distancias temporales entre ambos cervantistas se acentuaran de manera extraordinaria.

No así ocurre con los discursos y lo que en ellos escribieron. Suele ser obligada en el ceremonial solemne de las entregas que el beneficiario cite a Cervantes en su discurso. Para nuestros dos cervantistas activos la ocasión fue propicia y no la desaprovecharon evidentemente. Luis Rosales con más energía se explayó en su cervantismo. Ayala, más comedido y enjuto, también aprovechó para ofrecer alguna novedad que desarrollaría en trabajos publicados posteriormente.

Tituló Luis Rosales su discurso en aquella memorable ocasión «Pongo en sus manos lo que es suyo», y fueron esas primeras y principiantes palabras las elegidas para expresar su agradecimiento por el premio, para enseguida pasar a reflexionar sobre la lengua, sobre el español, que es el que justifica el Premio Cervantes, porque «la unidad de la lengua es la razón de las razones». Y recordar a continuación la queja de siempre, viva en 1983: «Desatendidos por la sociedad, y vistos con recelo por los gobiernos,

los escritores españoles no pueden ser perseverantes en la defensa de su vocación. Nadie se lo permite. El escritor es un náufrago en tierra firme, y “escribir en España sigue siendo llorar”». Y el instrumento del escritor en España y en Hispanoamérica no es otro que la lengua, porque «el lenguaje no es sólo un medio de comunicación. La lengua es nuestra patria: hemos nacido a ella y hemos vivido en ella».

Su defensa de la lengua como vehículo de unión y, como dice, de comunidad, finalizará con una mención, sin duda intencionada, a Federico García Lorca, como reflejo de la relación de la lengua con sus raíces populares: «Aquí y ahora baste decir que la labor social más importante del escritor es el cuidado y mantenimiento del espíritu de comunidad. Desde las tres grandes orillas de la lengua escribimos uniéndonos, a veces sin saberlo. Los escritores verdaderamente importantes son anteriores a sí mismos, pero también son anteriores a su pueblo. Son ellos los creadores del espíritu popular. Creo suficiente recordaros que en la poesía de Federico García Lorca se reconstruyen nuestras raíces».

Las reflexiones de Rosales caminan hacia el lado más personal, hacia la propia experiencia del escritor y del poeta, a las dificultades de su trabajo, aunque al final todas sean compensadas con la creación: «No es fácil escribir»... «Crear es ensanchar y engrandecer el mundo conocido, mas la creación tiene su cruz: al fin y al cabo, para crear es preciso escribir, y escribir es encerrarse en una cárcel. Ésta es la servidumbre y la grandeza del escritor, y ésta es la ley de origen de la creación poética».

Y el escritor para lograr su trabajo, como es el caso de este discurso, ha de hallar el tema de que ocuparse, y,

naturalmente, en este caso, no puede ser otro que el de Cervantes, con una confesión personal, más, en forma de advertencia previa: «En nuestro caso no hay cuestión: el tema viene propuesto por el nombre del premio. Una vez hecha la elección ya estamos en camino y quisiera decir que esta elección me satisface. He dedicado gran parte de mi vida al estudio de la obra de Cervantes y pienso que hablar de él, en este día, no es solamente una obligación, sino una forma de agradecimiento. La lectura de Cervantes me ha dado muchas alegrías. Sin embargo, ¡cuidado! Una cosa es leer y otra es caer, pues la lectura del *Quijote* se nos adentra tanto que a veces es igual que una caída. Una caída de difícil lenta recuperación, pues te puedes pasar la vida entera sin levantarte de ella».

A la figura de don Quijote prestará Rosales mucha atención, pero en este caso en relación con la sociedad: «Cuando la sociedad es injusta con don Quijote, y lo es continuamente, es indudable que no podemos comprender al caballero sin compadecerlo, y es indudable, también, que no podemos compadecerlo sin sentirnos culpables. Todos somos injustos. Todos hemos alzado la mano, alguna vez, contra don Quijote». Por eso, nuestro escritor quiere ser cauto a la hora de encontrar un asunto cervantino con el que agradecer su premio, que no puede ser lo que se ha dicho siempre, como por ejemplo, que «nuestra lengua es la lengua de Cervantes» ni volver a referirse al «temple heroico de su carácter en tantas ocasiones demostrado», pero «sí a su heroísmo como escritor».

Heroísmo y libertad como valores irrenunciables en la concepción de su propia vida por el mismísimo autor del *Quijote*: «Por experiencia propia lo sabéis: para ser escri-

tor, en muchas ocasiones, hace falta heroísmo. Cervantes representa, mejor que nadie, ese raro heroísmo del que depende la cultura: el heroísmo de la libertad».

Por eso elige un tema menos visitado, basado en la diferencia entre ejemplo y modelo: «Cervantes ha sido siempre considerado como el mejor ejemplo literario. Sin embargo, para nosotros es algo más: para nosotros es un modelo. Conviene distinguir entre ambos términos: el ejemplo se admira y el modelo se imita».

No es menos interesante la valoración que realiza sobre Cervantes como escritor contemporáneo: «Desde hace más de doscientos años, Cervantes siempre ha sido un escritor contemporáneo. Nunca ha perdido esa virtud. Nunca ha perdido el contacto interior con los lectores». Y es que «siempre que la vida española se encuentra en crisis, vuelve la vista hacia Cervantes para encontrar en su novela el código de salvación».

Pero, desde luego, el momento culminante del discurso es aquel en el que Rosales establece la gran novela de Cervantes como una novela de la libertad, sin duda insistiendo en los pronunciamientos realizados en su obra maestra sobre *Cervantes y la libertad*: «El *Quijote* es un libro tan insólitamente libre que en él no hay nada irrealizable. Es un libro que nos hace vivir. Basta leerlo para crecer». Porque «la libertad de Cervantes nos ayuda, nos desata las manos. Hay que estar cerca de él. Mientras lees el *Quijote* eres hombre de manera distinta. Mientras sigas viviendo lo leído, serás un hombre libre. Su lectura tiene una acción liberadora, y esta liberación es la primera de las razones que han hecho de Cervantes nuestro contemporáneo».

De esta forma lo establece con toda claridad porque el *Quijote* «parece una novela en libertad. La novela viviente. La novela viviendo. La novela en que nada acontece de manera definitiva». Y para demostrarlo se refiere, en aquella memorable ocasión, a los célebres olvidos y equivocaciones que aparecen por todas partes en la gran obra cervantina y que tanto irritaron a algunos críticos. En concreto recuerda los múltiples nombres que recibe la mujer de Sancho (que en Avellaneda siempre es denominada de una sola forma) o los días que estuvo en cama (¿cinco o seis?) don Quijote tras ser atacado por uno de los gatos que Alisadora y la duquesa han metido en el aposento del caballero.

La inexactitud cervantina es una prueba más del sentido de libertad que Cervantes dota a su arte narrativo: «Los autores pedestres no se toman libertades con la novela. Cervantes sí, Cervantes sí se toma toda clase de libertades. Se le alegran las manos escribiendo. Se divierte con todo. Ningún autor se ha divertido tanto escribiendo un libro. Tiene tal alegría que escribe siempre de tirón, sin levantar la mano del papel. Luego vuelve sobre sus pasos. Corrige y vuelve a corregir, pero nunca se ajusta a ley alguna». Porque, como concluye para demostrar definitivamente la pasión de Cervantes por la libertad, «las cosas que se afirman en el *Quijote* no se confirman nunca. No necesitan confirmación. Por no necesitarla, dijimos que el *Quijote* parece una novela en libertad».

Y para asegurarlo no faltan las palabras del antecesor en el premio Cervantes, Octavio Paz, que Rosales quiere homenajear al cerrar su discurso, para afirmar una vez más, la libertad cervantina: «En homenaje a Octavio Paz voy a hacer más sus hermosas palabras del año pasado: “El

Quijote es una obra animada por la ironía, que subraya con una sonrisa la grieta entre lo real y lo ideal. Con Cervantes comienza la crítica de los absolutos, y comienza con una sonrisa, no de placer sino de sabiduría. Cervantes sonríe. Aprender a ser libre es aprender a sonreír”».

Nueve años después exactamente, otro cervantino de raza y de larga dedicación, Francisco Ayala tiene la oportunidad de volver a hablar sobre Cervantes en tan memorable ocasión. Y en seguida, casi al comenzar el discurso, tras las obligadas palabras de gratitud y de anécdota personal finalmente feliz, proclama su encuentro subjetivo con el autor del *Quijote*, compañero inseparable de ese veterano juvenil de ochenta y seis años que busca una explicación a su especial y consciente estima por este galardón: «Aunque, si bien se considera, tal explicación resulta innecesaria. ¿Cómo hubiera podido ser de otra manera? Para empezar, la advocación de Cervantes tenía que tener una resonancia de intensa simpatía en quien, como yo, ha dedicado muchas horas de su larga vida, y llenado muchas páginas, en continua aplicación al estudio de su obra; y, sobre todo, para un autor de ficciones literarias que, no menos que cualquier escritor de invenciones tales, ha debido moverse dentro del ámbito espiritual y trabajar mediante los recursos técnicos que, para universal magisterio, estableciera el autor del *Quijote*».

No faltan las obligadas referencias a la lengua común, porque para Ayala «la patria del escritor es su idioma» y tampoco se olvidan en el discurso las reflexiones sobre el idioma que se habla a las dos orillas del Atlántico: «Queda reconocida y sustantivada así la comunidad cultural cuya base sólida es el idioma, sobreponiéndose a los muchos

equivocos ocasionados por la historia política del pasado siglo, cuando la ideología nacionalista, instrumento intelectual de que en su día se sirvieron los movimientos americanos de independencia, llevó a involucrar la creación poética con los sentimientos e intereses del patriotismo local».

Quizá la parte más entrañable en lo personal es cuando Ayala reflexiona sobre los escritores habitualmente premiados de forma alternativa, escritores de España y de América, aunque para él personalmente, para un escritor que vivió en España, que vivió en América y que ha vuelto a vivir en España, la comunidad del idioma tiene un valor especial, como la tuvo su propio destino de escritor poco y mal conocido entre nosotros antes de su regreso a España: «Así, una parte considerable de mi obra fue desconocida, o tardíamente reconocida, en este mi país natal, sin que aquellos críticos e historiadores que se ocupan de catalogar, ordenar y categorizar el cuerpo de la producción literaria sepan bien dónde colocar la de un escritor exiliado, cuyo nombre por lo pronto se encontraba inserto ya en los cuadros de la vanguardia española, y que por otro lado, a partir de su regreso en los años sesenta, había vuelto a hacer acto de presencia cada vez más intensa en el ambiente intelectual madrileño, pero que durante la fase intermedia (un lapso de nada menos que un cuarto de siglo) debió actuar bajo la condición ambigua de “escritor español en América”, tenido allí por propio y por ajeno a un tiempo mismo».

América en efecto cobra un significado especial en el momento de pronunciar este discurso, porque estamos en 1992, «circunstancia —asegura— que añade a mis conmovidos sentimientos, junto al de una profunda gratitud por verme así tan honrado en mi país natal, también otro

sentimiento que reafirma mi afinidad profunda con aquel mundo nuevo, con ese continente del que era nativa la madre de mi hija y donde había de nacer nuestra nieta; con la América fabulosa adonde Miguel de Cervantes intentó ir sin que su deseo pudiera verse cumplido».

Es con estas palabras con las que inicia su evocación cervantina, vinculada a su infancia: «Ya en la infancia, cuando apenas podía entender el significado de muchas de sus palabras, leí el Quijote y para escándalo de quienes pudieran oírme incorporé a mi vocabulario algunas de esas palabras, entonces malsonantes, cuyo significado ignoraba; más tarde, escritor novicio ya, los críticos lectores de mi primera novela pudieron señalar en ella algo que era bastante obvio: los ecos inconfundibles del *Quijote*; y por fin, ahora, escritor valetudinario, he dedicado mi última prosa, todavía inédita, a comentar y en alguna manera recrear cierto maravilloso pasaje del Quijote, el del encuentro de su protagonista con un caballero granadino».

Y, como homenaje a Cervantes, a la imaginación y a la libertad recuerda lo siguiente del *Quijote*: «Es uno de esos episodios donde con arte único se mezclan en increíble mixtura el patetismo y la comicidad. Me refiero al capítulo que relata cómo las personas afectas a don Quijote han decidido, entre su primera y su segunda salida, expurgar piadosamente la biblioteca del hidalgo para quemar los malditos libros de caballerías. Después de haberlo hecho, tapiarán la pieza donde se guardaban, “porque cuando se levantase no los hallase”; y en efecto, “de allí a dos días levantose don Quijote, y lo primero que hizo fue ir a ver sus libros: y como no hallaba el aposento donde le había dejado, andaba de una en otra parte buscándole. Llegaba

a donde solía tener la puerta, y tentábala con las manos, y volvía y revolvía los ojos por todo, sin decir palabra ...”».

La reflexión personal en torno al episodio no puede ser más acertada, sobre todo porque manifiesta Ayala su horror a la represión intelectual y a todo lo que suponga impedimento para la libertad de lectura y de formación, de fantasía, de imaginación, en definitiva su aversión a cualquier tipo de censura: «Mucho se ha especulado alrededor del significado que en la secreta intención del autor pudiera encerrar el famoso escrutinio y quema de los libros. Sin necesidad de entrar en la cuestión, y dejándola aparte para atenerme a la mera y directa lectura del episodio, me parece a mí que esa búsqueda silenciosa de la condenada puerta es más penosa que todos los descalabros sufridos por el caballero en sus aventuras; que esa bien intencionada acción de quienes bien lo quieren, al prohibirle el acceso al lugar de la lectura, resulta más cruel que cuantos escarnios le fueron infligidos, pues cierra el paso al campo de la libre imaginación, al que se supone no pueden ponérsela puertas».

En su discurso, Luis Rosales había escrito: «Esto es lo cervantino: la imaginación». Y ahora advertimos que Ayala se lamenta de que esa puerta tapiada cierra el paso a la libre imaginación. Libertad e imaginación que conmueven y torturan al escritor contemporáneo: «La imagen de don Quijote tentando en vano el ciego muro que veda la entrada al paraíso de su fantasía me ha resultado, siempre que he vuelto a ella, patética en el más alto grado».

Y, como Rosales proclamara, Cervantes y don Quijote son también para Ayala símbolos ideales y adecuados para meditar sobre la libertad del escritor, de cualquier escritor, y el respecto social que merece su trabajo: «Ese pasaje del

Quijote hace pensar desde luego en las condenaciones, trabas y vetos que tradicionalmente han solido imponer quienes se consideran autorizados para proteger al prójimo de los supuestos peligros de la lectura; pero hoy, cuando dichas restricciones pueden darse por desaparecidas en la sociedad actual, otros nuevos obstáculos, y de eficacia tanto mayor al no ser de índole coactiva, nos amenazan».

Por ello la memoria de Cervantes en este momento histórico es la que le lleva a proclamar lo que al final de su discurso denominará algo en lo que muchos de nosotros, Excmo. Sr. Presidente, respetables e ilustres Académicos y Académicas, creemos: el «valor de la literatura misma». Por ello hago mías para terminar, con todo el respeto que merecen, las palabras finales del discurso del premio Cervantes de Francisco Ayala: «Creo oportuno, cuando nos hallamos reunidos para honrar la memoria de Cervantes, insistir sobre las indispensables virtudes del ejercicio literario, que no consiste tan sólo en escribir, sino también, por supuesto, en leer».

FRANCISCO JAVIER DÍEZ DE REVENGA
(Murcia, 1946)

Catedrático de Literatura Española y Profesor Emérito de la Universidad de Murcia, Doctor en Filología Románica. En la Universidad de Murcia ha sido, desde 1968, Ayudante, Encargado de Curso, Colaborador de Cátedra, Profesor Adjunto Interino y Numerario, Profesor Titular y Catedrático, además de Director del Secretariado de Publicaciones, Vicedecano, Secretario y Director de Departamento y Vicerrector. Ha sido además Profesor Agregado de Lengua y Literatura Españolas de Enseñanza Media y Catedrático de Lengua y Literatura Españolas de Bachillerato.

Es Académico de Número de la Real Academia Alfonso X el Sabio de Murcia (1974), de la que es Archivero-Bibliotecario, y Académico Correspondiente de la Real Academia de la Historia (1993), de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras (2013) y de la Academia de Buenas Letras de Granada (2016). Cronista Oficial de la Ciudad de Murcia (2013).

Premio Extraordinario de Licenciatura (1968), Premio Extraordinario de Doctorado (1973), Premio Ramón Sijé de Ensayo (1979), Premio Anthropos de Ensayo (1989), Premio Emilio Alarcos de Investigación (2002), Medalla de la Dedicación Universitaria (2006).

Profesor Visitante en la Universidad de Bérgamo (Italia) y en Graduate Center, City University (Nueva York), ha dado cursos y conferencias y participado en congresos internacionales y en proyectos de investigación en las Universidades de Caen, París III, París IV-Sorbona, Pau et des Pays de l'Adour, Toulouse-Le Mirail, Perpignan, Bruselas,

Dublín, Pavía, Milán, Bérgamo, Florencia, Palermo, Udine, Turín, Roma (Tor Vergata), Amsterdam, Évora, Lisboa, Viena, Budapest, Jarkov, Bucarest, Würzburg, Dresden, Trier, Augsburg, Zürich, Ginebra, Londres, Nottingham, Sheffield, Edimburgo, St. Andrews, Tetuán, El Cairo, Pekín, Delhi, Goa, Columbia y CUNY (Nueva York), Kentucky y Transylvania (Lexington), Vanderbilt (Nashville), UCLA (Los Angeles), UCR (Riverside), UCD (Davis), Wellesley College, Harvard, Brown (Providence), Virginia (Charlottesville), Saint Joseph y Pennsylvania (Filadelfia), Puerto Rico (Río Piedras), El Colegio de México, Nacional Autónoma de México, Nacional Mayor de San Marcos de Lima, Buenos Aires, Nacional de Rosario y Nacional de Cuyo (Argentina), República de Uruguay (Montevideo), de Chile (Santiago de Chile), Valparaíso, McGill, Ottawa, Carleton, Montréal, Laval en Québec, Toronto y York (Canadá).

Ha publicado numerosos artículos de su especialidad en revistas universitarias, ha editado a diversos escritores clásicos (Alfonso X, Santa Teresa de Jesús, San Juan de la Cruz, Cervantes, Lope de Vega) y contemporáneos (Campoamor, Galdós, Rubén Darío, Azorín, Miró, Salinas, Guillén, Gerardo Diego, Prados, Ciria Escalante, Altolaguirre, Carmen Conde, Miguel Hernández, Buero Vallejo, García Nieto, José Hierro y Ángel González) y es autor, entre otros, de los siguientes libros: *La métrica de los poetas del 27* (1973), *Revistas murcianas relacionadas con la generación del 27* (1979), *Teatro de Lope de Vega y lírica tradicional* (1981), *Panorama crítico de la generación del 27* (1987), *Poesía de senectud* (1988), *Tres poetas ante el amor, el mundo y la muerte* (Salinas, Guillén, Lorca) (1989), *Jorge Guillén: el poeta y nuestro mundo* (1993),

La poesía de Vicente Aleixandre: testimonio y conciencia (1999), *La poesía de vanguardia* (2001), *La tradición áurea* (2003), *Poetas y narradores. La narrativa breve en las revistas de vanguardia en España* (2005), *Gerardo Diego en sus raíces estéticas* (2006), *Los poetas del 27, clásicos y modernos* (2009), *La novela política* (2012), *Poetas españoles del Siglo XXI* (2015) y *Los poetas del 27. Tradiciones y vanguardias* (2016).

Publicó además *El teatro de Miguel Hernández* (1981) y la *Historia de la literatura murciana* (1989) con Mariano de Paco, y ha preparado ediciones de Saavedra Fajardo, Polo de Medina, Vicente Medina, José Frutos Baeza, Juan Guerrero Ruiz, Raimundo de los Reyes, María Cegarra, Mariano Baquero Goyanes y Francisco Sánchez Bautista. También ha editado *Verso y Prosa, Suplemento Literario de La Verdad, Sudeste y Azarbe*, y algunos de sus numerosos ensayos sobre escritores murcianos se recogen en sus libros *De don Juan Manuel a Jorge Guillén* (1982), *Saavedra Fajardo, escritor actual y otros estudios* (1988), *Páginas de literatura murciana contemporánea* (1997) y *Polo de Medina, poeta del Barroco* (2000). También es autor de *Didáctica del texto literario (Análisis y explicación de textos poéticos españoles)* (2010).

CONTESTACIÓN
DEL
EXCMO. SR. DON ANTONIO SÁNCHEZ TRIGUEROS

Excelentes e ilustres Presidente Chicharro
y atentos compañeros que hoy cumplen como deben,
señoras y señores que dan su compañía:
Le ruego al Presidente me conceda la venia
para alterar el tono normal protocolario
y, cordial, dirigirme a este nuevo académico.
Comienzo, pues, mi texto con ritmo y armonía.

Me encarga el Presidente darte la bienvenida
a esta nuestra Academia de ilustres escritores,
que saben valorar tus méritos sobrados
para ocupar un sitio de honor entre nosotros:
tú, admirado Javier, correspondiente en Murcia,
tu tierra tan amada, tu Mar Menor querido.

Allá en los viejos tiempos, por los años setenta,
nos conocimos ambos en la literatura,
en la enseñanza de ella, en la búsqueda histórica,
en los aspectos técnicos, en la poesía desnuda,
en segundas figuras y en los grandes poetas,
que todos entretejen el tapiz literario,
tan amplio y tan complejo cual paisaje en relieve.
Con interés creciente he seguido tus pasos,
aprendiendo mil cosas en tu obra cada día,
y una amistad sincera forjándose ha venido
hasta al fin consumarse en el siglo veintiuno.

Con vocación marcada y fortuna en origen
tuviste un gran maestro, don Mariano Baquero,
figura paralela al granadino Orozco,
que supo valorarte muy adecuadamente
en tu aquella primera actuación en las tablas;
recuerdo qué gozoso a conocer nos diera
aquel estudio métrico de los del Veintisiete,
un pilar que pusiste para ti y para todos
en ensayos futuros de la poesía reciente.

Caro Javier, permite que en las próximas líneas,
donde glose tu obra en algunos aspectos,
introduzca cual perlas, no sé si con acierto,
versos de tu querido poeta de Cantabria,
al que le has dedicado gran parte de tu vida,
versos los más osados sacados de sus libros
o de otros personajes también nefelibatas.
Tú juzgarás, amigo, si lo he conseguido.

Recuerdas aquel verso del poeta de *Imagen*:
golondrinas precoces recitaban sus versos;
o el otro dedicado a un Falla sorprendido,
el canto más perfecto es el canto del grillo;
o aquel en que desfilan por extraño silencio
los rebaños celestes en un blanco atropello,
o *este ferrocarril que me explora el costado.*

O en *Manual de Espumas* imágenes aquellas:
pero sus sombras quedan colgadas de las puertas;
o avanzando en el libro entre el mar y la mesa:
en los manteles puse un sabor de océano,

y el rumor de las olas desplegabam i mi capa;
y ya en plena bahía en el taller de nubes:
son los naipes del cielo que nadie ha marchitado.
Son versos sorprendentes que sin duda atrajeron
la atención de aquel joven estudioso de Murcia,
versos alejandrinos cuya medida antigua
señalaba el entronque de medievo y vanguardia.

(El reloj de la torre dilató su pupila).
Han sido muchas horas dedicadas a Diego,
el personaje clave, sin él poco se entiende;
son sus obras completas pulcramente editadas,
que tan feliz hicieron al profesor Gallego,
que, pionero en el tema, bien te consideraba.
(Cuando la noche toca su disco de gramófono).
Pero con ser tan grande lo que le has regalado
eso es solo una parte que se queda pequeña
al lado del conjunto de tu obra excelente,
una obra extensísima, valor aquilatado.

(Estradivaria lira, igual que la de Orfeo).
Ninguna etapa histórica de Hispania literaria
ha resultado ajena a tu afán de lectura,
todo te ha interesado si era texto cumplido
y a ello le has aplicado tu analítica mente,
tu sensible rigor y erudición científica.

(Hilaré tu memoria —decía— entre las gentes).
Mucho y mucho podría comentar de tus obras
pero dado el momento que brevedad exige,
me atendré con sentido al camino preciso

que me marca el volumen de reciente homenaje,
un gran libro sin duda que te han regalado
con cariño académico tus amigos mejores:
Poetas del 27, tradición y vanguardia,
donde se han recogido con minucioso empeño
tus variados trabajos del señalado tema.

(¡Oh tiempo: con tu fuga mi corazón anegas!).
Preside el Veintisiete como centro absoluto
de todos los artículos reunidos en el libro:
Federico, Guillén, Salinas y Gerardo,
Prados, Altolaguirre, Aleixandre y Alberti,
Dámaso y Luis Cernuda, querido de los jóvenes,
su poesía, su teatro, sus buenas relaciones,
en que Gerardo Diego fue un enlace importante,
las revistas efímeras de valor indudable.

(Siempre vos serviremos como leales vasallos).
Hablas de la Edad Media y del primer *Poema*
como de Alfonso el Sabio en ocasión distinta,
(por cierto su Academia se honra con tu presencia).
Has atendido a Lope, a Góngora y Teresa,
a Polo de Medina y Miguel de Cervantes,
a los que hoy añades Luis Rosales y Ayala,
en un discurso en prosa con el que este contrasta,
un discurso brillante como de ti se espera
en estas ocasiones de nivel elevado.

(Como un viento que lleva solo un pájaro o mano).
Azorín y Gabriel Miró, casi paisanos,
gozan de tu defensa que los revaloriza

cuando una nebulosa se cierne sobre ellos.
Has escrito de Hernández con seria competencia
como de Juan Ramón, guía de los poetas,
aquellos que marcaron tu vida y tus escritos.

(Esa verdad tan plena que se convierte en sueño).
Nada te ha sido ajeno en clave literaria:
la poesía femenina, que representa Carmen
Conde, un poeta cercano como fue Ángel González,
y Vicente Medina, hito en el fin de siglo,
y más con Espronceda, Bécquer, Galdós y Buero,
y seguro que olvido un centón de escritores
que han tenido la suerte de iluminar la mente
de quien tal tú, Javier, busca el placer del texto.
(Cantas como si el nácar durmiera o respirara).

Autoridad, maestro de discípulos miles,
la Academia se honra cuando hoy te recibe
con todos los honores que tu pluma merece.
Compañero, salud, que el arte nos ampare
y pronto nos regales tu gran sabiduría.

Y antes que el bedel diga: señores, ya es la hora,
acabemos el canto, salgamos de este ámbito,
que se esfumen mis versos, que brillen las estrellas
y que todos ustedes abracen a Javier.

Este discurso, editado por la
Academia de Buenas Letras de Granada,
se acabó de imprimir en Granada
el 2 de noviembre del año 2016,
día en el que se representa “Don Juan Tenorio”
en los escenarios españoles, en Taller
de Diseño Gráfico y Publicaciones, S. L.,
estando al cuidado de la edición
el Ilmo. Sr. D. José Gutiérrez,
Bibliotecario de la Academia.

Granada,
MMXVI